

Editorial

■ Mayor General
Francisco Javier Cruz Ricci
Director Escuela Superior de Guerra



Antes de 1991 no era pensable que un país latinoamericano alcanzara un estatus de socio global de la OTAN. La Alianza Atlántica tenía un objetivo claro y determinante de todas sus actuaciones. La alianza constituida en 1949 se entendía como el mecanismo encontrado por los Estados Unidos y sus aliados europeos para contener a la Unión Soviética. Eran los tiempos del comienzo de la Guerra Fría, los tiempos de un campo socialista en expansión. Entre el fin de la guerra y el año 48 se consolidó el dominio soviético sobre Europa Oriental. El 49 fue el año de la proclamación de la República Popular China y el año en el que quedó establecido que la división de Alemania no era reversible.

Los Estados de la OTAN tenían, por supuesto, intereses más allá de su territorio. Pero la preocupación principal era la defensa del teatro europeo. Allí, desde el Báltico hasta el Adriático se jugaba la preponderancia de uno u otro sistema político; pasaron más de 40 años de mirarse a los ojos con suma concentración. Caído el “telón de acero”, pareció por un momento que las alianzas, la OTAN y el Pacto de Varsovia, habían quedado sin un contendor que las mantuviera unidas. Sin embargo, esto valió únicamente para el pacto del campo socialista. La OTAN empezó un camino de expansión al Oriente y una búsqueda de objetivos plausibles en bien del mantenimiento de la unión.

La posibilidad de una “crisis existencial” para la Alianza Atlántica estaba, de todos modos, en la baraja de las alternativas.

Los años primeros de la Alianza renovada fueron vacilantes. Las guerras de los Balcanes introdujeron conatos de discrepancias. Superadas, aunque permanecen rescoldos humeantes, la OTAN pudo mirar más allá del entorno que la mantuvo ocupada. Ahora, un panorama compuesto por una geografía más vasta y por problemas de nuevo cuño, invitaban a pensar en misiones nuevas inmersas en un entramado complejo de amenazas que antes no fueron registradas.

Así se llegó a un escenario en el que se contemplara la posibilidad de establecer lazos globales. Ver hoy a Colombia como socio global, un estatus que no implica compromiso total de aliado, pero que establece una cercanía en el campo de una concepción de la seguridad que vincula a los Estados, en tanto amenazados por peligros comunes, es una novedad en la región. Para poner un ejemplo, no se preveía que un buque colombiano participara en una misión de protección del comercio internacional agredido por actores no estatales. La tricolor en el Índico, cuidando una línea vital de la economía mundial, la que va desde los mares de Simbad hasta los de Colón, ya no es un exotismo impensable.

Se combinan en la coyuntura varios factores: la economía globalizada, el surgimiento de las llamadas “nuevas amenazas” y el bien ganado prestigio de las Fuerzas Armadas colombianas, para que el resultado de la suma fuera la vinculación del país a un emprendimiento global de seguridad cooperativa, regido por el paradigma que reza “mi seguridad es, también, la seguridad del otro”.

Muchas preguntas se han formulado en el país y en la vecindad. Las respuestas son claras: Colombia no tiene, bajo el estatus acordado, obligaciones militares automáticas con los propiamente miembros de la alianza. De manera recíproca, tampoco los asociados plenos las tienen con Colombia. Pero hay colaboración, avances en interoperabilidad, intercambios doctrinarios, colaboración para la lucha contra el crimen organizado de carácter transnacional, ajustes organizacionales, intercambio de experiencias y acercamientos a la tecnología avanzada de la alianza.

Alcances de esta colaboración se evidencian hoy en la acreditación a Colombia por parte de OTAN en el programa *Building Integrity (BI)*, reconocimiento a la transparencia y legitimidad en los procesos de contratación en el sector, orientados a minimizar los niveles de corrupción. Del mismo modo, figura la aceptación del CIDES (Colombia’s International Demining Centre) –Centro de Excelencia en Operaciones de Desminado–, el cual tendrá la responsabilidad de impartir doctrina y entrenamiento a los Ejércitos de la alianza, certificándolos en esta especialidad. Lo anterior dentro del programa PTEC (Partnership Training and Education Centre), programa de entrenamiento por Capacidades de OTAN.

La solidaridad va implícita en la relación, y, para los más suspicaces, la respuesta está en un aprendizaje de los intentos que hace una alianza de democracias, para mantener una normatividad de los conflictos armados en el plano del derecho internacional, con sujeción a la ética y a las mejores prácticas conocidas para adentrarse en las dificultades de los conflictos desregulados, los más frecuentes en el mundo de hoy.

La vinculación de Colombia con la OTAN solo puede ser positiva. No genera inseguridades

.....
“Muchas preguntas se han formulado en el país y en la vecindad. Las respuestas son claras: Colombia no tiene, bajo el estatus acordado, obligaciones militares automáticas con los propiamente miembros de la alianza. De manera recíproca, tampoco los asociados plenos las tienen con Colombia”.
.....

a terceros. Al contrario, enriquece la voluntad de colaboración colombiana para la seguridad regional. Los mecanismos de decisión establecidos para la actuación de la Alianza Atlántica, protegen de conductas aventureras. Es una relación “gana-gana” de la que se beneficiará el país y el vecindario. En el mundo de hoy no se puede caminar solos. Mantener un horizonte de sociedades democráticas, de sociedades abiertas, de sociedades en paz, tiene que ser un empeño común.

Este número de la Revista de las Fuerzas Armadas, tiene como núcleo de información y reflexión este tema de la vinculación de Colombia a la OTAN, con cuatro artículos que permiten entender el origen de la relación que ahora se estrecha y para pensar en las posibilidades de sacar provecho de una vinculación que pone a Colombia y a sus Fuerzas Armadas en una posición de privilegio, en cuanto a colaboración y proyección de capacidades, para afrontar el mundo lleno de incertidumbres que se vive en el siglo XXI. 🕊